



Lilian de Angelo Laky (2020) *Zeus e a cidade na Grécia antiga. Moedas e santuários, política e identidade nas épocas arcaica e clássica. Volumes 1 e 2: Estudo histórico e arqueológico e corpus documental. São Paulo: Odysseus, 1394p. ISBN: 978-65-88738-03-0*

Genaro Valencia Constantino (Universidad Nacional Autónoma de México)
gevalenc@gmail.com

En ocasiones la rigurosidad de la filología nos lleva a mantener una perspectiva muy limitada, casi servicial y fiel a los textos, que impide tomar en cuenta otro tipo de documentación con la cual analizar un fenómeno literario, cultural, ideológico o social. La filología, empero, debe considerar poco a poco otros acercamientos epistemológicos que contribuyan a un mejor entendimiento del pasado clásico, pues, a pesar de que la literatura antigua contempla un sinfín de textos tan diversos (poesía, teatro, historiografía, filosofía, entre otros), resulta indispensable apoyarse en otros medios que transmitieron información relevante y que, por el desconocimiento de su importancia y la impericia en su interpretación, parecen ajenos a nuestra materia de estudio. En efecto, la arqueología, la epigrafía, la numismática y la propia antropología social deberían de ser herramientas imprescindibles en el trabajo diario del filólogo a fin de concretar un método integral para indagar cualquier aspecto de la civilización grecolatina.

Bajo esta óptica, y con una actitud de mayor alcance hermenéutico, se ha publicado este libro que gira en torno a la divinidad tutelar del mundo griego: Zeus. Aparte de la mitología –comunicada por la épica, los himnos, el teatro, la mitografía, etc.–, ¿qué más nos pueden relatar los restos arqueológicos y los materiales antropológicos acerca de los cultos a Zeus y de su papel preponderantemente religioso en cuanto elemento vinculante, social y político, entre las ciudades de ciertas regiones helénicas? Esta investigación es un planteamiento que suma al imaginario meramente mítico y literario discusiones y explicaciones, con grandes expectativas, sobre cómo la creencia en esta divinidad produjo un impacto real en las relaciones sociales de los

griegos desde la Edad de Bronce hasta la época clásica con una restricción geográfica a cuatro zonas, el Peloponeso, Creta, Sicilia e Italia del Sur, recurriendo también, como lo exige la propia temática, a documentación de otras regiones de Grecia como contraste entre las manifestaciones dadas.

Sin duda esta obra es un reto de interpretación historiográfica por el amplio horizonte temporal y la extendida demarcación geográfica que se proponen para su análisis. No es un libro de fácil lectura por la multiplicidad de aristas y factores que han de contemplarse para su interpretación; sin embargo, los límites quedan bien definidos para poder conformar un *corpus* de documentación sólida: los santuarios y las monedas como producciones ejecutadas por las *póleis*. Con una formación multidisciplinar en historia y arqueología de la antigüedad, y siguiendo un particular enfoque desde la etnología, la autora propone una monografía centrada en dos fenómenos: en primer lugar, los santuarios de Zeus como centros religiosos que condicionan de una forma particular la socialización política y económica entre los diversos individuos y agentes de una comunidad; en segundo, las monedas acuñadas, cuyas figuras esculpidas de Zeus con sus atributos (el rayo y el águila), promueven una expresión cultural que fabricó identidades o diversidades en distintas ciudades, insulares o continentales, que para entonces interactuaban estrechamente por razones comerciales, diplomáticas, militares o bien culturales. Así pues, el libro está conformado por 2 volúmenes, el primero dedicado a la investigación propiamente dicha y el segundo es depósito del acervo documental de santuarios y de monedas.

En principio, ya que el volumen 1 se divide en cuatro grandes capítulos –los dos primeros dedicados a los santuarios y los dos últimos a la producción numismática–, seguiré esa segmentación para hablar de los aspectos más relevantes de ambos grupos. El primer grupo (a) está relacionado con el corpus de análisis que considera los santuarios como sitios arqueológicos que constituyeron lugares de encuentro en los que la población se reunía para compartir creencias y prácticas comunes asociadas a una deidad específica. El segundo grupo (b) se halla vinculado con la documentación monetaria que supone el intercambio de un metálico con valor comercial estampado, casi amparado, con la figura de la mayor divinidad griega y su evidente implicación política; aunque a primera vista no parezca relevante, sólo recordemos, a manera de ejemplo, el lema *In God we trust* impreso en el dólar americano como manifiesto de la ideología política y religiosa que revistió el espíritu independista estadounidense, con lo cual, como demuestra la autora, la presencia de una divinidad en la divisa de un pueblo no debe ser soslayada. A un nivel estructural, el primer capítulo de cada grupo constituye la presentación de la documentación, mientras el segundo se aboca sobre todo a la hermenéutica de ese acervo.

a) Los primeros dos capítulos, consagrados a los santuarios como espacios de común espiritualidad y religiosidad, se centran en dichos centros abarcando una temporalidad que va desde la Edad de Bronce hasta la etapa histórica habitualmente conocida como clásica, y haciendo evaluaciones regionales para contrastar diversas tradiciones, con seguridad más antiguas, que favorecen un análisis multiétnico. Respecto de los santuarios que datan de la Edad de Bronce, la autora proporciona una tabla que permite situar las diferentes etapas de la historia minoica, micénica y heládica, para terminar, naturalmente, con las épocas arcaica y clásica; periodización que ayuda a comprender los estratos temporales en que se desarrollaron los santuarios de Zeus, de suerte que esta perspectiva temporal y regional contribuye a entender cómo varias *póleis*, distribuidas en un mismo territorio, podían acaso tener diferencias culturales.

La pesquisa sobre los santuarios abarca un total de 60 sitios desde la Edad de Bronce hasta el siglo IV a.C. La inclusión de uno u otro santuario tuvo como criterio la presencia de elementos arquitectónicos de los que se puede deducir alguna función ritual, de objetos votivos y de inscripciones, los cuales, en su conjunto, habilitan contextualizar un determinado espacio sagrado como un lugar urbano dedicado al culto a Zeus. La autora aplica la etiqueta de documentación a este conjunto heterogéneo de materialidades, recurso muy adecuado para incluir en un mismo rubro estructuras y objetos con un finalidad compartida, la sagrada. Es así como se busca comprender la evolución del culto a Zeus dependiendo del emplazamiento geográfico y estratégico del santuario, pues la localización (valle, planicie, montaña, etc.), el tipo de santuario (urbano, suburbano, extraurbano, etc.) y sus funciones (cívico, oracular, agonístico, etc.) son factores determinantes para discernir el funcionamiento de un santuario en particular, así como sus transformaciones.

Con estos factores, que no son ni mínimos ni sencillos de maniobrar, es posible advertir que la tarea de análisis no fue sencilla dado el aspecto que se pretendiera enfatizar; por ejemplo, Laky enlista el número de santuarios existentes desde la Edad de Bronce hasta la época clásica, pero también estudia los picos de actividad cultural en dichos sitios, y el mismo ejercicio se puede realizar a nivel regional o estatal. La complejidad metodológica es digna de elogio, pues aunque el libro tiene como objetivo los santuarios –y posteriormente las monedas–, la autora analiza una numerosa documentación textual, pero también arqueológica, estatuas, relieves, vasos cerámicos y metálicos, figurillas, restos de edificios aldaños y murallas, mapas y croquis, entre otros, así como la historia de las excavaciones de cada sitio. Lo más atractivo de este despliegue de información es poder ver las coincidencias pero también las diferencias, pues es en la diversidad donde mayormente observamos los desencuentros de pensamiento y comportamiento que tanto distinguieron a la sociedad griega.

b) Los últimos dos capítulos, destinados a los “tipos monetarios”, tratan el medio de cambio para facilitar las relaciones comerciales, por lo que la presencia del padre olímpico, junto con su modo de representación, resulta una forma de legitimar un simbolismo religioso dentro de una *pólis*. Por lo tanto, la emisión de moneda no es, en absoluto, un asunto que atañe únicamente a la movilización económica y comercial, sino que sus implicaciones van más allá de lo que por lo común se asume. El *corpus* numismático de esta investigación alcanza las 375 monedas provenientes de 21 regiones de todo el mundo griego y engloba 93 autoridades emisoras desde el siglo VII al IV. Cuatro son, *grosso modo*, las directrices de catalogación: acuñación de monedas para uso interno de la *pólis*, acuñación para uso entre estados federados o ligas de ciudades, acuñación para las necesidades de los santuarios –categoría a mi parecer reveladora en el sentido de que una divisa fue fabricada exclusivamente para los asuntos relativos al culto– y acuñación de metal donde figura el nombre de gobernantes con la imagen y atributos de la deidad.

Lo que se intentó fue que los atributos por los que el dios era reconocido fueran verdaderas marcas distintivas para promover una idea, en este caso de índole cívica o propagandística. Por ejemplo, a diferencia de la mitología que se mantiene a un nivel meramente literario, un uso simbólico semejante de ciertos atributos jupiterinos está documentado en la filosofía de Heráclito y en la del estoico Cleantes, quienes aprovechan el rayo como herramienta con la cual Zeus, padre de los dioses y personificación de la ley universal, blande el rayo para armonizar los opuestos y organizar así el cosmos. Echando mano del rayo y el águila de Zeus como elementos identitarios, la decisión de grabar en las monedas las distintas combinaciones de los atributos y del propio Zeus se debe a la autoridad emisora, pues la presencia, ausencia o mezcla de ellos es deliberada completamente, de tal forma que con ellos se proyecte un mensaje específico relacionado con el simbolismo de una divinidad, significativo para una cierta comunidad que escogió representar a Zeus así como marca de identidad local. Detrás de esto, como se puede apreciar, el fin es indagar las razones políticas y sociales que motivaron la adopción de la imagen de Zeus, no de otro dios, y su grabado en las monedas. A diferencia de los santuarios en que la deidad se presenta invisible, en los testimonios monetarios la forma con que la efigie de Zeus fue acuñada es también relevante a un nivel artístico para rastrear tradiciones, con lo cual, la autora acude a la comparación con otras muestras (principalmente vasijas y estatuillas que exhiben al olímpico) para establecer tales filiaciones y así conectarlas con santuarios de otras áreas. Con esto vemos que tanto los santuarios como las monedas están interrelacionados, puesto que comparten redes de comunicación y tradiciones rituales.

El libro, en el volumen 2, incluye dos amplísimas secciones documentales: un inventario fotográfico exhaustivo de los santuarios y las monedas, objeto de la investigación, de modo que, al hacer alusiones a ellos en sendos capítulos, se pueda acudir a las imágenes para comprender de mejor manera la interpretación hecha por la autora. Los santuarios y las imágenes se complementan con detalles de su procedencia, su factura, su datación, y con comentarios adicionales. Este segundo volumen es complementario y referencial para el primer tomo, pero en sí mismo es una muestra de una indagación y clasificación arqueológica con su muy apropiada reconstrucción historiográfica; no debe verse tan sólo como un mero anexo informativo, pues forma parte del proceso del libro.

Lo más común en los estudios clásicos es acercarse a las divinidades desde un enfoque mítico y literario, lo que la mayoría de las veces nos hace olvidar el papel tan importante que tenía el portador del rayo en la realidad de las personas, cómo esa creencia verdaderamente afectaba su conducta en la comunidad, en qué medida sus acciones y pensamientos se alineaban con las prácticas religiosas. Sirva este texto como una invitación a sumergirse en el libro de Laky, pues ofrece una aproximación atractiva para los filólogos con el fin de integrar una visión mucho más completa de un aspecto específico de la cultura antigua y, en contexto, un elemento vivo y cotidiano para los griegos que determinaba o, más bien, dirigía su realidad.

En suma, esta obra, adaptación de la tesis doctoral de la autora, cumple cabalmente con llenar esos vacíos todavía existentes en la historia arcaica griega, ya que gracias a la tecnología también es posible viajar y examinar documentos y espacios a menudo inaccesibles; así mismo, la investigación desplegada será bien valorada no sólo en el contexto lusohispano, sino que, considero, tendrá un impacto en los circuitos internacionales (filológicos, históricos, arqueológicos, etc.) en parte por la temática (Zeus) que aborda, y que siempre genera interés, en parte por la novedad historiográfica focalizada en dos expresiones sociales, la ritualidad y la economía, ligadas íntimamente al funcionamiento de las *póleis*. En ambos casos, las características integradoras o diferenciadoras revelan un sentido voluntario de identidad entre pueblos con un fuerte carácter cívico, enfrentándose a otras ciudades del Egeo que buscaban supremacía política y cultural. No cabe duda que el libro de Laky será un referente para posteriores investigaciones, especialmente en la manera de integrar otras disciplinas auxiliares, sobre el culto de Zeus en distintas zonas y épocas helénicas, a fin de entender que esta deidad fue más que un personaje mítico, fue un agente esencial en la identidad de los griegos.

Fecha de publicación: 01/11/2024